



Praxis Freudiana

Av. Corrientes 1309 8º "24"
(C1043ABA) Capital Federal, Argentina
Tel/Fax: +54 (11) 4371-2719
e-mail: info@praxisfreudiana.com.ar
web: <http://www.praxisfreudiana.com.ar>

“Cuando lo real entra en danza”

Hamlet – Klinefelter

Francoise Gorog

A pesar del título que había anticipado, no hablaré hoy de una cura de psicótico; más bien trataré de hablar de un caso muy singular encontrado en el hospital, desarrollando el aspecto de las entrevistas preliminares durante la hospitalización, sin juzgar de lo que hoy podría ser la cura en el futuro.

Si aceptamos reducir la cura del psicótico al encuentro con un analista, si aceptamos llamar cura a este encuentro entre un psicótico y un analista que se compromete a estar allí sin prejuicio sobre el cómo sostendrá la apuesta de ser el (pequeño a), entonces consideramos ese tiempo como análogo al de las entrevistas que no tienen una duración preestablecida y que en ellas se juega la posibilidad de una cura.

Me permitiré entonces retomar la trayectoria psiquiátrica de un paciente al que llamaré H.K.. Su primera particularidad es la siguiente: de aspecto afeminado, talla pequeña, endeble, imberbe, en su infancia fue tratado por un desorden endocrinológico; vigilado, seguido en los servicios de pediatría de la Isla de Reunión, de la que es originario, se termina por comprobar que su anomalía corresponde a un auténtico síndrome de Klinefelter. Se trata de una irregularidad cromosómica en la que se dan tres cromosomas sexuales: XXY, en lugar de los dos cromosomas XY normales en el hombre o XX en la mujer. Es, el individuo klinefelteriano tiene un cromosoma X de más.

Los enfermos así descritos por Klinefelter en 1947 tienen entonces un fenotipo masculino y un sexo nuclear femenino. Ya en la descripción inicial se ligan al síndrome trastornos comportamentales, orden de causalidad que como ustedes pueden observar es ajeno al campo de la palabra. Está claro que para estos autores el drama de la locura no se sitúa en la relación del hombre al significante. Esos trastornos del comportamiento están considerados como responsables de agresividad y hasta de criminalidad, puesto que el cromosoma suplementario ha sido definido como el cromosoma del crimen. Los mismos abarcan también una serie de desviaciones sexuales que van de la homosexualidad a la pedofilia, al exhibicionismo, al transvestismo y en fin, al transexualismo. Se puede observar que

majo la rúbrica de homosexualidad, este despliegue clínico implica posiciones subjetivas absolutamente opuestas, tal como lo reivindican los sujetos en cuestión, y en irreductible a dicha tendencia homosexual.

Volvamos a H.K.: habiendo amenazado a su vecino de hotel en un momento de ebriedad, es hospitalizado después de la intervención de la policía. En un principio se subraya su estado, rotulado como “depresivo y reactivo” a un problema de identidad sexual, al que se agrega la problemática del desarraigo.

Lo que surgió en ocasión de las primeras entrevistas fue que la tristeza, de carácter perplejo, estaba poblada de ideas delirantes, a las que volveremos. La queja que nuestro paciente pone en primer plano es “que la tomen por una mujer”. Y es cierto que aún en el hospital ocurre que algunas enfermeras le digan “buenos días, Señora”. A lo que él denomina “su problema”, según la demanda que ha acosado a su infancia. Sólo le encuentra una alternativa: ya morir, matarse, tentativa que ha ensayado: defender su cuerpo tomando el subterráneo con un puñal, o, poniendo una bomba que haga saltar a todos los hombres. Exige que se haga algo por su físico, que se lo identifique a un sexo, le sorprende nuestra poca inclinación a recetarle testosteronas.

En efecto, en ese sentido se habían efectuado algunos intentos. En Junio de 1984 el paciente, a fin de modificar su aspecto y por consejo de su hermano, consulta a un endocrinólogo, pero no obteniendo el resultado esperado, interrumpe rápidamente el tratamiento. En noviembre del mismo año, a raíz de una tentativa de suicidio mediante la ingestión conjugada de barbitúricos y alcohol, es hospitalizado en un servicio de urgencia y transferido de inmediato a un Servicio de Endocrinología. En él se diagnostica una anomalía endócrina evocadora del síndrome de Klinefelter. Debe ser internado de urgencia en psiquiatría sin que un examen de cariotipo llegue a efectuarse. Después de su alta el paciente no vuelve a la consulta de endocrinología tal como se le había aconsejado.

¿Cómo pensar la actitud paradójal de este hombre? Cuando la demanda que ha acosado su infancia –y que él ha hecho suya -, podría ser satisfecha, o bien cae en estado de agitación si se toma la iniciativa por él, o bien posterga indefinidamente su satisfacción. De hecho, una mirada ignorante de su deseo de ser un hombre con los atributos correspondientes, lo descubriría: gafas finas sobre una nariz delicada, corte de cabello más bien largo, una túnica de mujer sobre unos pantalones indefinibles. Poco a poco la reticencia cede al lugar a un discurso que reorganiza la idea que se tenía del desarrollo de su enfermedad.

Por empezar, H.K. se explaya sobre las relaciones que mantiene de noche con los espíritus. Otro mundo lo reclama cuando no duerme, y esto sucede hace ya veinte años, mucho antes de dejar su isla. Son rostros mezclados, a veces andróginos, de todas las razas, chinos, malabares, con los que solamente por la noche pueden comunicarse en todos los idiomas. Benevolentes, lo previenen de los peligros que corre, le dan noticias de su familia que permanece en la isla, y también le pasan los datos de las carreras de caballos. Dos de ellos, rostros de un tío y una tía paternos, muertos hace tiempo, reclaman y absorben el alcohol que

él bebe. Aquí, el alcoholismo está subordinado a la psicosis. El alcohol, así como los libros sobre los tarots, le ayudan a mantener el contacto con los espíritus.

Observemos que el caso de H.K. confirma lo que ya había notado Freud, esto es, la división característica de la psicosis paranoica y su consiguiente fenómeno de dobles, con el caso Schreber (dios superior, dios inferior, Fleschig superior, Fleschig del medio, etc.) y que Otto Rank había discernido en la formación de los mitos. En nuestro caso encontramos el doblete de los dos espíritus de la familia paterna y muchas otras multiplicaciones de espíritus que sería demasiado largo enumerar.

En el segundo tiempo de esas entrevistas que yo digo preliminares, surgirá la confesión de la serie de pasajes al acto agresivos. Veremos que lejos de estar ligado al “cromosoma criminal” o a la inadaptación de un desarraigado, también ellos se sujetan a la lógica del delirio. En efecto, luego de la muerte de su padre que permanece para él incomprensible y enigmática, reconstruye el hecho declarando que su padre ha sido envenenado “por personas extrañas y en última instancia, por uno de sus hermanos”. En esa oportunidad golpea a su hermano con una lima y lo hiere. Ya un tío paterno, fallecido antes que el padre, le había anticipado que habría un muerto en la familia. Su padre se lo confirma en una alucinación nocturna acusando de su muerte al hermano de H. K..

Hamlet da la psicosis, no pierde el tiempo en tontería. Para él no hay postergación o procrastinación. El pasaje al acto espera, sin embargo, hasta que la madre deje la isla para visitar a una hermana también emigrada. Venga a su padre cuando, sin la mediación materna (presencia física, puesto que la simbolización de la madre, en tanto que madre primordial, ha fracasado), el “cara a cara” con ese hermano que él cree asesino se le vuelve insoportable.

En la realidad, a esa madre nunca la dejó hasta su partida a Francia. A menudo se quedó con ella, ayudándola en los quehaceres domésticos, cocinando y limpiando para toda la familia. También se apoyó en un amigo, su único amigo, más joven que él, con quien frecuenta los bares y se introduce al “Rififi entre los hombres”, para retomar la expresión de Lacan. Su amigo tiene una particularidad: a su padre lo apodan “Andrés puñalada”. Esta prótesis es sin duda preciosa, tanto como que en su país, “no es que se equivoquen respecto a su sexo, pero lo conocen”. Lo conocen; esto es, su madre cuida de que le atribuyan por lo menos, su nombre masculino.

Más adelante, en el transcurso de las entrevistas, se nota que para él, la oposición hombre-mujer no está determinado. En realidad lo que le importa no es que lo tomen por una mujer sino que – es una expresión de la que se aferra- “que todos los hombres llamen a su puerta”. Las palabras le faltan para contemplar o designar “eso” que vendría a hacer los hombres al golpear a su puerta. Con mucha reticencia arriesga que esos hombres quisieran hacerse los “huevones” con él. Aún con mayor reticencia pronuncia la palabra “pato”. En lo que atañe a los hombres emplea una expresión curiosa: tiene una cuenta con todos ellos. No se cuenta entre ellos. Está sometido a los ultrajes, a las importunidades de todos los hombres. Sin embargo, al comienzo de su hospitalización todavía reclama la barba y el bigote que portan en el rostro sus hermanos y esos hombres con los que no puede “hacer una cuenta”. Vemos que

en cuanto a su sexo mismo, algo infantil en su morfología, H.K. no reclama nada, limitando su reivindicación a las características sexuales llamadas secundarias.

Me gustaría hacer una observación respecto a la dirección de estas entrevistas. Todo afán de comprensión hubiera transformado sus dificultades en una reacción a su aspecto y reducido a éste el tema persecutorio. Ha sido evitado. A mi parecer, esta es la razón por la que la posición de H.K. ha podido desplazarse y expresarse mejor. Aquí “huevon”, “cojonudo” se acerca al “luder” que Lacan aleja del “puta” de las primeras traducciones para llevarlo hacia el “leurre” francés o el “lure” inglés o el “señuelo” español. Como tal, esta actitud serena a H.K.: el paso de su reivindicación se aligera con su demanda de que lo identifiquen a un sexo. Reconciliado con esta posición, acepta ser “mujer de limpieza en la empresa en la que trabaja tan bien como puede”. Por otra parte, se desempeña con tanta eficacia que terminan por confiarle la responsabilidad de la función de jefe de equipo, que H.K. no desea conservar.

Para tratar de determinar en que punto se encuentra H.K., me permitiré dar una vuelta por el lado de Schreber. Para éste, la emasculación como ignominia amenazante, son sus palabras, cuando se trata de un abuso sexual de su cuerpo cometido por otros hombres, se vuelve la transformación en mujer, imperativo absoluto del Orden del Universo dejando de ser objeto de horror.

Cuando H.K. se defiende hasta con una arma de las importunidades de los hombres, se parece estar inmerso en ese primer tiempo persecutorio. Lo mismo que Schreber, temió durante una hospitalización precedente ser sometido a abusos sexuales por parte de los enfermeros. Teme el mal uso sexual. Según Lacan, el Presidente Schreber habría sido advertido gracias al adivinamiento del inconsciente de la solución que conocemos: a falta de ser el falo de que carecer la madre, ser la mujer de la que carecen los hombres. Solución diferente de la del hombre neurótico para quien se trata de no tener el falo a fin de serlo. En la psicosis, el sujeto se encuentra desprovisto de falo por la ausencia de significación fálica (es decir, correlato imaginario del llamado “vano” dirigido en lo simbólico a la metáfora paterna). Está claro que en H.K., cualquiera sea el desfallecimiento del órgano pene, es así como tendremos con este enfoque, que organizar o enmarcar el recorte de su psicosis.

No es tampoco por que este órgano no se ha desarrollado, que H.K. ha sido excluido de cualquier herencia que le hubiera permitido en toda legitimidad esperar la asignación de un pene a su persona. Espera legítima de una barba o de un bigote a ejemplo de sus hermanos, para su rostro imberbe que se superpone a la primera espera. Espera legítima o demanda legítima no significa que haya habido respuesta de que, como en la cura del neurótico, sea necesario darla.

Es seguro que para H.K. no se trata de obtener respuesta a la demanda de poseer en su cuerpo los signos de una apariencia viril ni consideramos que más allá se dibuja la falta de transmisión simbólica del falo a causa de la ausencia de incidencia de la metáfora paterna.

Para volver a la cuestión de ser la mujer, este es, el empuje a la mujer, Lacan aclara que en el inicio de la psicosis de Schreber, esta solución era precoz. También lo es para H.K. en la fase de persecución con su cortejo de pasajero al acto.

¿Cómo se reconcilia Schreber con esta posición? ¿Qué explicación da de la aceptación de su transformación en mujer? Lo cito: “el giro que tomé me fue facilitado por la convicción de que fuera de mí, el género humano bajo sus formas reales, había desaparecido de la faz de la tierra. Estaba persuadido de que las formas humanas que podía aun percibir sólo eran “imágenes de hombres hechos a la salga lo que salga” (1). Ni emasculación dejaba de constituir una humillación infamante”.

En consecuencia, para Schreber el combate termina por falta de combatientes. En todos casos, el mismo Schreber apunta que “ya no corre el riesgo de padecer de abusos sexuales puesto que no hay más hombres”.

Para H.K. los interlocutores esenciales son los espíritus, semejantes a las almas difuntas del Presidente. Y los vivos, son para H.K. “a la salga lo que salga”. El no lo menciona ni los encuentra desde hace tiempo. Más aún: los evita. Aquellos con los que todavía tiene una cuenta, los espíritus de los muertos, son benevolentes, insiste en esto. Los espíritus no intentan hacerse los “huevoes” con él.

¿Qué piensa Freud al respecto?

Cito a Freud: “Si era totalmente imposible que el enfermo se reconciliara con la idea de verse convertido en mujer y prostituido al médico, la misión de ofrecer a Dios la voluptuosidad que él mismo busca no tropieza con la misma resistencia del yo...El yo es compensado por la manía de grandeza y la fantasía optativa femenina se impone, habiéndose hecho aceptable”. Dicho de otro modo: ser puta...,vaya, pero a condición de que el protector sea rico, poderoso. Transformar a Schreber en una ramera que sólo aceptaría su “sino” cuando la “situación” es interesante parece un poco somero. Son detenernos en el encanto discreto de lo misoginia freudiana que esta comprensión, ¿vale esto más que la explicación psiquiátrica del delirio de grandeza como derivado de un delirio de persecución en el que el paciente para merecerla se cree importante?, y que Freud estigmatiza en el mismo capítulo? Por estos motivos Lacan critica el enfoque freudiano, basándose en el mismo Freud, quien no había escrito todavía la Introducción al narcisismo.

Para Schreber cesa al mismo tiempo la persecución y la realización del oráculo inconsciente. Deja de estar en el horror de ser el objeto del goce de los hombres, desprovistos como él de falo, monigotes de un dibujo infantil a los que faltaría la tercera pierna famosa, pues “a la salga lo que salga” también significa allí que salió sin falo. Lacan interroga: ¿Cómo realizará Schreber su destino?, ¿ser la mujer –a falta de ser el falo- a causa de la ecuación de la equivalencia simbólica “muchacho falo”?

Lacan señala que el mismo Schreber ha articulado la respuesta bajo el hombre de “sacrificio” (Versohnung), y considera que es la verdadera vertiente del vuelco de la posición de indignación del sujeto. En efecto, Schreber testimonio de una extinción progresiva de su alma; de la lectura de su aviso fúnebre en un diario sin decidir su estatuto de hecho real o de alucinación. Asegura haber tenido en su cuerpo los síntomas de la peste y, obviamente, recuerda la célebre fórmula conjuratoria que se sintió obligado a pronunciar: “Yo soy el primer cadáver leproso que conduce otro cadáver leproso”.

Podemos considerar que los momentos en que H.K., todavía en su isla, se sintió débil hasta morir a raíz de las maniobras de los adivinos y tuvo que ser hospitalizado en los servicios de medicina general, como momentos de atentado a su vida, de asesinato del alma en los que el sujeto estaba muerto? Así, según Lacan, la referencia a la homosexualidad debe aclararse por medio de las relaciones simbólicas que la determinan. Ustedes saben, ya que estoy siguiendo paso a paso la elaboración del tratamiento posible de la psicosis del lado de Schreber, que esta determinación simbólica se revela en la forma en que se restaura la estructura imaginaria.

Lacan destaca dos puntos: - por un lado, el goce transexualista-, por el otro, la copulación divina con su sentido de mortificación, ambos situados alrededor del agujero donde el asesinato de almas ha instalado a la muerte.

En H.K. el goce transexual no es tan evidente como en Schreber; sin embargo él refuerza el apoyo que le brinda su anomalía sexual mediante el uso de ropajes indiscutiblemente femeninos. En una época trabajó en un Club Mediterráneo de Israel. Era obligado a llevar chaqueta y corbata, lo que le otorgaba un aspecto masculino más aceptable. Por otra parte, la corbata no le gusta: o no puede anudarla o la anuda al revés. No excluyo que otros elementos puedan aparecer más adelante, cuando la reticencia, que él llama “vergüenza de hablar de esas cosas” sea menos decidida.

¿Situáramos del lado de su identificación ideal la notable aplicación que demuestra en su trabajo de hombre de limpieza? Todo esto es una simple hipótesis; el trabajo con H.K. es aun demasiado reciente. En definitiva, se tiene en cuenta que, por una parte, el proceso psicótico está en curso, y que por otra, los elementos que he indicado pueden abordarse en el plano tópico y genético. Pareciera ser que H.K. oscila entre esos dos puntos.

Es posible que una vez excluida la respuesta a su demanda de intervención en lo Real respecto a su asignación a un sexo, que una vez separado el empuje a la mujer, tanto de una comprensión sumaria por la realidad de su anomalía como de una interpretación rápida por la homosexualidad, H.K. se aleje de la posición persecutoria, se reconcilie con el deber ser La mujer y se dedique, lo mejor que pueda, a sus ocupaciones de mujer de limpieza ejemplar. Cuando lo Real entra en danza no hace sino demostrar hasta que punto la anatomía apenas es el destino, qué poco le debe sea la asignación eventual de un sujeto (a un lado o al otro) de una fórmula cuántica en la neurosis, sea la imposibilidad de esa asignación del sujeto cuando la significación fálica responde “no hay abonado en el número que Ud. marca”, en la psicosis.

Abril de 1993

Publicado en Testimonios de trabajo, Biblioteca Praxis Freudiana, Leuka, Bs.As. 1993

Notas

1) Se respeta la expresión de la autora “ a la salga lo que salga” por la conocida “hombres hechos a la ligera”.